

Que ha tiempo en los bosques de Grecia sabía la risa
De la brisa.

Pasa su eminencia.
Como flor ó pecado es su traje
Rojo
Como flor ó conciencia
De sutil monseñor que á su daje
Mira con vago recelo ó enojo.
Nápoles deja á la abeja de oro
Hacer su miel
En su fiesta de azul; y el sonoro
Bandolin y el laurel, nos anuncian Florencia.
Maestro, si en Roma
Dan al sol Babilonia y Sodoma
Su amarga ciencia,
Sus purpúreas banderas, tu gesto
Las palomas nos da reunidas
Bajo los arcos
De tu genio: San Marcos
Y Partenón de luces y besos y vidas.
(Tus bufones
Que hacen la risa
De Monna Lisa
Sabén tan antiguos canciones.)
Los leones de Asuero
Junto al trono para recibirte,
Mientras sonríe el divino Monarca.
Pero
Hallarás la sirte,
La sirte para su barca,
Si es que vas en tu lírica barca
Solo con tu Gioconda
(El viento
Sabe la tempestad para tu cargamento.)

¡Maestro!
Pero tú en cabalgar y domar fuiste diestro
Pasiones é ilusiones.
A unas con el freno, á otras con el cabestro,
Las domastes, zebras ó leones.
Y en la selva del Sol, prisionera
Tuviste á la fiera
De la Luz, y esa sabia fué casta
Cuasdo dijiste: ¡Basta!
Seis meses maceraste su Ester entre aromas
Y de tus grandes techos volaron las palomas.

Por tu potencia y gracia sesitiva,
Por la copa de oro en que se queman rosas,
En mi ciudad que es tu cautiva
Tengo un jardín de mármol y de piedras preciosas
Que custodia una Esfinge viva.

Rubén Darío.

NOTA DE ARTE

A medida que los tiempos avanzan España va visiblemente perdiendo en el mérito de sus pintores. Velázquez llena toda una época; tal vez toda la historia del arte pictórico. Goya, el sólo, es mayor que todos los artistas de la centuria pasada.

En letras, es igual. Nos salva Galdós, más grande también que los poetas, los dramaturgos y novelistas del siglo último, de todos los siglos de nuestra literatura, exceptuando el de Cervantes.

No han mejorado los tiempos. *Figaro* habló de una mortal decadencia del arte español, y á sus postreros momentos asistimos, velando impasibles é impotentes su agonía.

Como deudos egoístas no lo sentimos, porque el patrimonio ha enjecido y riquezas modernas no nos deja.

Que no escriban, sin embargo, el apocalíptico *Finis Hispanie* tan pronto; porque yo oigo hablar á cada instante de futuras resurrecciones. Así como el pelicano sobre la cruz es símbolo del cristianismo que alimenta á los hijos con la propia sangre, el ave fénix, resucitando de sus cenizas, puede ser también un emblema del arte; del arte, que sufre crisis, evoluciones, períodos de anemia aguda, para reaparecer más tarde saludable y triunfante.

Digo esto, porque se advierte en nuestros pintores síntomas de verdadera decadencia, si no es que la he confundido con el cansancio que ha fatigado las manos para las correcciones del dibujo y ha agotado la fantasía en la originalidad al concebir.

La rutina, el amaneramiento, el ceñirse al modelo, la filiación de escuelas, son cosas que desmerecen en pintura lo mismo que en las letras. Y eso tenemos en España.

Por índole de la raza somos perezosos; por educación histórica somos atávicos, reaccionarios, rebeldes á la innovación y mucho más á la revolución. No hemos podido nunca llegar á la honda revolución social y política que transforma en su carácter á la patria, reformando las leyes, la moral y las ideas, y por lo tanto, no hemos de aspirar á que lleguemos á la revolución artística, á la anarquía redentora de unos días, renunciando á los rancios cánones y á la vieja disciplina.

Preferimos la eterna dinastía reinante, la perpetua dictadura de los muertos, la oligarquía del casticismo encartonado y frío.

En el extranjero, las novelas y el teatro, las más complejas innovaciones del arte literario, porque son el análisis y la síntesis de los pensamientos humanos, son eco de las conmociones del alma en contacto con la vida, dejan los caminos trillados, cambian el ideal y transforman los procedimientos, tendiendo á representar con formas alegóricas las ideas, y lo mismo sucede con la pintura, que se hace más intensa, más interna, más espiritual.

No salimos en España del color. Es la característica de nuestra

pintura, su valor real. Y es que lo traemos en herencia. Nos lo impone la tradición de nuestro arte y nos la obliga la intemperancia del «medio» con sus gustos arcáicos, que gravita sobre todos los artistas con pesadumbre aterradora. Faltar á este culto es violar lo clásico, cuando por toda Europa corren aires revolucionarios y una anarquía saludable enardece las almas heroicas, la sangre nueva.

* * *

Como de costumbre, la crítica se ha ido tras la corriente vulgar al juzgar la última obra de Benavente.

Lo que tiene ésta de falso, los hipos románticos, los lloros sentimentales, el procedimiento de la antigua escuela en el nudo y enredo, los moldes consagrados, la vacuidad de los medios escénicos, los artificios de la tramoya, son los que han encantado á los críticos y han hecho aplaudir rabiosamente al público, este público nuestro que todavía se va tras las bambalinas pintadas y no siente la intensa poesía de la naturaleza en acción; este público nuestro que gusta las exaltaciones de la pasión en delirio y no comprende las serenas luchas de la vida, fieramente trágicas en muchas ocasiones; este público que llora con los ojos y no puede conmoverse con el alma, más atento á la letra que al espíritu, á la palabra que á la idea.

Benavente con su gran talento, que todo lo puede abarcar, le ha dado gusto de esta vez al «ilustre senado».

Burlador é irónico con su conducta, escribiendo una comedia á la vieja usanza, ha hecho un epigrama vivo del público.

Se acordó, sin duda, del consejo de Lope:

*... y pues lo paga, es justo
hablarte en necio para darle gusto.*

Pocos, muy contados, los que han dado en llamar *intelectuales*, son los que aplauden en Benavente el espíritu mordaz, irónico, caricaturesco, satírico, que molesta con su risa regocijada y maleante, que descuella con asteísmo, que esgrime el ridículo con una crueldad sanguinaria de tralla, que burla y mantea con donaire, que hace reír á los que le escuchan amargamente, con forzada alegría triste, como de remordimiento, como de vergüenza, como si fuera una conciencia que echara las culpas al rostro sin malhumor, sin seriedades austeras, como decía Campoamor:

*Así, deprisa, deprisa,
todo en broma, todo en broma.*

En Benavente se cumple la fórmula de la comedia clásica: *Delectando pariterque monendo.*

Corregir no creo yo que ese sea el fin del arte; pero yo lo acepto, porque la sátira es una modalidad de éste.

Aristófanes en la antigüedad, en el ciclo clásico proclamó este principio al traducirlo en obras admirables, recomendadas á las nuevas generaciones artísticas como modelo.

Es algo desusado en la forma, es un espíritu desconocido lo que trae Benavente con su labor escénica al teatro. Su sátira, su *humour*, su idiosincrasia artística, su temperamento de irónico, es algo nuevo que no tiene antecedentes en nuestro arte ni abolengo literario en nuestras letras. No es un chiste el del ingenio maleante, no es su gracia la de las musas francamente cómica, la de los retruécanos retóricos, la de las disparatadas situaciones escénicas; es una agudeza de intención, un humorismo amargo, una ironía mordiente, el epigrama en acción, la sátira al vivo, y en toda su obra la sociedad hace exámen de conciencia en alta voz, y como coqueta se mira al espejo, al natural y sin afeites, en camisa, que se ríe de los defectos, para después quedarse pensativa, avergonzada, despreciándose.

No es de la familia de Bretón de los Herreros; su abolengo es más antiguo y refleja un parentesco con Quevedo, si bien educó su espíritu en las lecciones de *Figaro* y ahora lo oriente hacia el ideal artístico amado de Gonay y Lavedan.

Angel Guerra.

LOS ARABES

Peregrinos á la Meca
á la par iban dos árabes
y los perros al camino,
les salían á ladrarles.

Sin hacerles caso, el uno
prosiguió siempre adelante,
pero, airado, el otro piedras
no cesaba de tirarles.

De la Meca, al año justo

regresaba el caminante,
y halló al otro, todavía
enredado con los canes.

—¿Pero, imbécil, no conoces
que hasta el fin de su viaje,
nunca llega el que hace caso
de los perros que le ladren?

Eduardo Benot.

(DE LA REAL ACADEMIA.)

La Reconciliación.

Las lágrimas brillaban en tus ojos
como al Sol el rocío,
sobre mi pecho se agitaba el tuyo,
por la pasada crisis intranquilo.

Volviste á echarme al cuello con tus brazos
la cadena de amor, rota un instante,
y el encanto me diaste de lo nuevo,
como si entonces empezara á amarte.

Febril tu boca se juntó á la mía;
me besastes llorando. ¡Cuán hermosos
esos besos que brotan de los labios
regados con el llanto de los ojos!

Ricardo Galvo.

LAS CUESTIONES ACTUALES

Régimen defensivo. Guerra y Marina. Reorganización.

Es necesario unificar ambas ramas del régimen defensivo, refundiéndolas en un solo Ministerio. Esta idea, que ha nacido como por generación espontánea en todas partes, no es original. En 1817, las secretarías de despacho que eran cinco, Estado, Guerra, Justicia, Hacienda é Indias, comprendiéndose en esta la Marina, se redujeron á tres, llamadas la primera de Estado y Negocios Extranjeros, la segunda de Guerra y Marina, y la tercera de Justicia y Gobierno Político: de modo que no es ninguna novedad peligrosa esta unificación, que ha existido y que nunca debió romperse.

Bajo tal base, lo primero que importa al régimen defensivo de la Nación es una buena ley de Reclutamiento y reemplazo de soldados de tierra y mar, pues no vacilo en sostener que el sistema actual es malísimo. Su primer error consiste en someter al servicio de las armas á los hombres útiles desde los diez y ocho años: en esto modificó la antigua legislación, que no los llamaba hasta los veinte, y que debe restaurarse. A los diez y ocho años un hombre es un niño todavía; se batirá bizarramente, siendo español, porque esta es nuestra sangre; pero le faltarán aún fuerzas físicas y desarrollo suficiente para soportar las penalidades de una campaña, y para contener el empuje de los soldados hechos, de más edad y vigor de otros países. Esta es una de las experiencias que nos ha dado la guerra con los Estados Unidos, y no creo pueda desatenderse.

Además, la corta edad de diez y ocho años para entrar en el servicio de las armas tiene un grave inconveniente, si se ha de establecer, como reclama la opinión, el servicio obligatorio para todos, y es que arrancaría en lo mejor de sus estudios á la juventud que se dedicara á carreras y profesiones. Con la libertad de éstas, á los veinte años habrían podido muchos terminar sus estudios y obtener sus reválidas, y ya no se causarían tan gran perturbación.

Creo, por tanto, que debía establecerse el reclutamiento para los niños de veinte años cumplidos, y que debían crearse cuatro períodos para el servicio militar: 1.º, servicio activo en filas, desde los veinte á los veintidós años, sin poder contraer matrimonio en este período; 2.º, primera reserva, desde los veintidós á los veinticuatro años, pudiendo contraerlo ya, y estando en disposición de ir al servicio activo, cuando las necesidades lo reclamen; 3.º, segunda reserva, de los veinticuatro á los veintiséis años; y 4.º, tercera reserva, desde los veintiséis á los veintiocho. Con ello tendríamos, en caso de una guerra internacional, soldados de veinte á veintiocho años, fuertes y bien instruidos, verdaderos veteranos, que es lo que hace falta, é identificados con su Patria y sus más caros intereses.

Claro es, como tengo dicho, que este reclutamiento habría que

ustraerlo á Ayuntamientos y Diputaciones, y encomendarlos solamente al ramo de Guerra, para cortar abusos en la cuestión de excepciones. Esto sería materia de una bien meditada reforma, para que los excedentes del cupo del servicio activo, que pudieran formar una sección de este, destinada á las zonas de sus respectivos domicilios, tuvieran gran interés en impugnar las falsas excepciones de sus números precedentes, restableciendo para ello el sorteo á la usanza antigua, para elegir el cupo de cada provincia.

En cuanto á la instrucción militar, yo no la retardaría hasta los veinte años; consideraría la como parte integrante de la gimnasia útil, y la impondría como ejercicio en las escuelas, bajo la dirección de un delegado del ejército. Así, los hombres desde niños cobrarían afición y agilidad para los ejercicios y maniobras militares, y podrían después, en su tiempo, completarla con el manejo de las armas.

Y esto mismo haría para la Marina, en donde aprovecharía las especiales aptitudes de la gente de mar de nuestras costas, creando escuelas de grumetes, y estímulos para los estudios náuticos, y haciendo la carrera de marino militar incompatible con todo destino ó cargo terrestre. Sobre todo, en esta especialidad de la defensa nacional, atendería muy mucho á la creación de un cuerpo de artillería de marina á la altura de su misión, con todos los estudios, adelantos y prácticas indispensables, asimilándolo tanto á los buques, que formase una sola personalidad con ellos, inseparable de ellos, y destinada á sucumbir con ellos, en todo adverso combate naval. El buque, el cañón y el artillero, habrían de ser de una sola pieza, como los centáuros.

Creando así un gran Ejército, apto, instruido y vigoroso, y un cuerpo de Marina avezado á los rigores del mar, en constante trato con él, é identificado con sus máquinas de guerra, el problema de la defensa nacional se encerraría en tres puntos: 1.º, organización de ese ejército, para poder ser movilizad o en todo ó en parte con prontitud y regularidad; 2.º, creación de una escuadra, que contribuyese con aquél á mantener la integridad nacional; y 3.º, fortificación de los puntos estratégicos, plazas y costas de España.

Lo primero no nos había de faltar, pues la experiencia de la guerra de Cuba ha demostrado que podemos movilizar nuestro ejército con regularidad y rapidez; y si sus servicios sanitarios y de administración militar no han estado á la altura de la movilización de las unidades tácticas, estas deficiencias podrían corregirse con previsión y energía. Además, establecido el servicio obligatorio, la Nación sería un verdadero campamento, y no existiría esa distinción que hoy se hace entre el ejército y el país; porque todo el país civil sería ejército, pronto para una campaña; de modo que habría de mantenerse más activamente la relación entre sus reservas. La cuestión es que, á una evocación surgiese armado, aprovisionado y dispuesto para el combate el país entero, representado por sus hombres útiles.

Para esto se necesitaría un numeroso y buen material, aplicar bien las sumas del presupuesto de guerra y marina, sin rebajarlas, aun dada la situación económica de España. De cualquier otra cosa podemos prescindir menos de esta, porque es más cara la derrota y mutilación de un pueblo, que todos sus presupuestos militares. Compárese el ahorro del llamado presupuesto de la paz, con el dispendio de la guerra sobrevenida, cogiéndonos en la imprevisión y con la hecatombe causada, y se verá que el tal presupuesto pacífico nos ha arruinado y deshonrado.

La creación de una marina de guerra, y digo creación, porque la que nos queda, por su exigüidad, no merece tal nombre, es indispensable para la completa defensa de la Península y de sus islas adyacentes. Error fatalísimo ha sido creer que podríamos mantener dos imperios coloniales, uno en América y otro en Asia, sin potentes escuadras, y fiando sólo en el equilibrio europec. Esto y el aislamiento á que nos han condenado en las alianzas de los pueblos, nos han traído á la situación presente. Nos quede ó no algo en Filipinas, siempre necesitaremos escuadra; que ya se ha visto que el mar es tan necesario á los pueblos como la tierra, y que los bloqueos, sean ó no efectivos, no sólo arruinan al comercio de las costas, sino que rinden sus ejércitos y sus ciudades por el hambre ó el pánico, cuando el bombardeo no las aniquila. España tiene gran desarrollo de costas; tiene posesiones en Africa, que son la base de su porvenir; le están perfectamente asimiladas, y son provincias españolas las Canarias y Baleares, y no puede dejar á merced de escuadras enemigas sus poblaciones marítimas, el resto de sus posesiones y esos pedazos de su territorio.

Para la creación de esa escuadra indispensable, hay que aprovechar las duras lecciones de la realidad. Visto está que el andar rápido de los cruceros sirve de muy poco en los combates, porque andan más las granadas incendiarias: visto que esos cruceros no pueden afrontar la lucha con los acorazados, por sus medios ofensivos ni defensivos; visto que los destroyers no sirven para nada, pues resultan demasiado grandes para no ser notados en sus ataques á los acorazados, y demasiado frágiles y pequeños para resistir, siendo notados, á los cañones de tiro rápido. Creo, pues, que no debe haber para nosotros, como base de nuestra escuadra futura, más que dos tipos: acorazados probados ya, con superiores defensas, y torpederos, no probados todavía, pero de poco coste y muy propios para las sorpresas desde las costas.

Sin entender gran cosa de achaques de guerra, nunca pude explicarme, antes de las dolorosas pruebas sufridas, por qué se hacían cruceros de escaso blindaje y poca protección, en vez de potentes y bien protegidos acorazados.

La lucha entablada entre la coraza y el proyectil, tenía, á mi juicio, que resolverse inmediatamente á favor de éste, al disminuirse deliberadamente la coraza; y, así como en las batallas en los tiempos antiguos, en la contienda entre la armadura y la espada,

se procuraba hacer cada vez más resistente y bien templada la armadura, creía yo que, en la nuestra marítima, lo importante era la gran coraza y la magnífica protección para hacer del barco un Aquiles. Parecíame, pues, que el crucero sólo podía llenar funciones auxiliares de transporte, aprovisionamiento ó avisos; pero nunca colocarse en primera línea de combate, para perecer indefectiblemente.

Tampoco me explicaba esos lujos extraordinarios de cámaras y departamentos, de maderas preciosas, adornos y terciopelos, dentro de una máquina de guerra; y en efecto, los incendios inmediatos ocasionados en las nuestras por las bombas yanquis, evidencian que en los buques de combate debe suprimirse toda madera y todo confort. Hierro y acero por todas partes, eso es lo que cuadra en tales fortalezas flotantes y lo que mejor se compagina con la dureza del combate y el carácter del marino. Este es un principio que hay que llevar á la arquitectura y ebanistería naval.

En fin, además de un plan ordenado para el fomento y regeneración de nuestra escuadra, bajo la base de grandes acorazados invulnerables, completárase la defensa nacional con el artillado de puntos estratégicos y la fortificación de ciudades y costas.

No lo dudemos, á pesar de los deseos generosos, más ó menos sinceros de Rusia, para el desarme europeo, este no vendrá: porque todos las grandes naciones tienen planteados problemas de desquite ó de ambición, que no pueden resolver pacíficamente. La paz y fraternidad de los pueblos, soñada por espíritus generosos, está muy lejos todavía. Estos grandes organismos nacionales no tienen aún, como he dicho al principio, moralidad ni conciencia del derecho humano, y son como los caníbales, que juzgan muy razonable solucionar sus cuestiones por la fuerza, y engullirse descuartizado al enemigo. Estamos en la edad de piedra de los individuos-naciones; solo que el hacha de sílex ó el asta de rengífero, son para éstas el cañón y el maüser, el acorazado y el torpedo. Las naciones *fin de siglo* y entre ellas la nuestra, víctima de los procedimientos *fin de siglo* también, no deben olvidar que si el derecho individual está garantido, no el internacional de igual manera y que la última fórmula de este es «*la force prime le droit.*»

España ha fiado mucho en el derecho, en la condescendencia suya, y en la acción de los pueblos amigos, y ni hay derecho, ni diplomacia, ni amistad que valgan al débil contra el poderoso, ni existente en el concierto de los pueblos más que un egoísmo desenfrenado. Prepárese pues, para cuando llegue la general conflagración, y no le coja otra vez despreñado, teniendo tanto que perder todavía, á mano de los grandes salvajes.

Antonio Lledesma.